

Sobre Simón Bolívar y los fundamentos de una integración latinoamericana en el siglo XIX

Silvana Montaruli

Aarpini@lab.cricyt.edu.ar

Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar

Sec y Tunc. P. UNCuyo

Informe de Avance

Resumen:

El siglo XIX mantiene un fuerte discurso integracionista. Muestras de este discurso lo encontramos en el pensamiento de Simón Bolívar y de José de San Martín, quienes mantienen dos posturas diferentes sobre lo que implica el término *integración*. Se ha trabajado en la primera etapa sobre el pensamiento y la obra de Simón Bolívar, a fin de desbrozar los temas centrales de su pensamiento en relación al contexto en que se desarrolla. Se analizan los conceptos de *libertad*, *identidad*, *dependencia* e *integración*. Si bien el período que encierra al movimiento independentista ha sido calificado como una “etapa de armas” carente de “un cuerpo de ideas eficaces para la praxis social que debía acompañar a la praxis revolucionaria”; es posible afirmar la validez de la producción intelectual producto de la apertura de una nueva época para nuestra América en la que tal vez el elemento unificador de todas las diferencias posibles lo sea la conciencia y la autovaloración de sí misma. Sin embargo, no podemos negar el carácter contradictorio del personaje que fue Simón Bolívar, cuyo paternalismo significó un obstáculo a la hora de tomar conciencia de una realidad social que le sería adversa al momento de consolidar su proyecto unionista.

Palabras Clave: libertad- identidad - integración- a-priori antropológico- moral de la emergencia

1-Introducción

“La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre” (Martí, José; 1975: 251)

La obra bolivariana, de enorme grandeza, tiene su gesta durante el contexto histórico más compulsivo de los países de la América. El siglo XIX, puede ser calificado como “la génesis de nuestra conciencia americana”, no solo porque en él consiguen carta de libertad sus pueblos, lo que implica la reorganización de los estados y de sus formas de gobierno y la creación de constituciones y de alianzas que garanticen la consolidación del proceso independentista sino además, porque el fundamento de todas estas acciones se encuentra en la conciencia concreta de un sujeto que hace

explícito en sus múltiples vertientes el reclamo por su derecho a entrar en la historia del único modo legítimo que puede hacerlo “desde el reconocimiento de su propia humanidad”. Una conciencia que había comenzado a despertar en el siglo anterior, en las luchas sociales que dieron luz a los derechos del hombre y del ciudadano y cuyos acontecimientos tienen su inicio con la conspiración de Gual y España. Esta conciencia es la que anima a todo el proceso independentista y de la utopía unionista americana que tienen por máximos exponentes a las figuras de Bolívar y de San Martín pero también es la conciencia que hace oír sus voces en las luchas de todas las masas sociales americanas de esa época.

Si la filosofía se entiende como “un enunciado de discursos circunstanciales que han sido para cada época, diagnóstico, denuncia, proyecto y también compromiso”, tal como lo afirma Arturo A. Roig, entonces es posible hacer de los escritos de Simón Bolívar una lectura filosófica que nos permita comprender desde nuestra Historia de las Ideas, la evolución del pensamiento americano.

Las palabras de Martí parecen anticipar el final de la obra de Bolívar que se inicia con el juramento que hiciera en el monte Sacro, en compañía de su maestro Simón Rodríguez en 1805: “*¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!*”; y que concluiría con el sentimiento de desencanto provocado por los acontecimientos pos independentistas en nuestras naciones tal como lo expresara en la carta dirigida a Juan José Flores en 1830: “...la América es ingobernable para nosotros”(Bolívar, Simón: 1830)

Entre aquel juramento y este lamento existe un enorme caudal intelectual, pero si consideramos que desde la historia de nuestras ideas:

“ es necesario plantear un a-priori antropológico que ...recubre las formas lógicas sobre las que se organiza el pensamiento en cuanto que la necesaria afirmación del sujeto, su autovaloración constituye un sistema de códigos de origen social- histórico, que se pone de manifiesto en la estructura axiológica de todo discurso posible (Roig Arturo Andrés; 14),

podremos comprender la riqueza que devela su pensamiento. En primer lugar su denuncia surge desde la moral de la emergencia propia de un continente sometido que reclama por el reconocimiento de su derecho: “un derecho con que la naturaleza lo ha dotado”: la libertad. La denuncia a la sociedad europea que se enaltece al reconocerse como único sujeto de la historia, que se reconoce como la acreedora del título de civilización, no ha conocido sino los dictámenes oscuros de una razón empeñada en considerarse legítima, a costas de la ilegitimidad de sus acciones. En segundo lugar, el sujeto que enuncia ese discurso vuelve sobre si, se “autoafirma” como sujeto y al hacerlo se valora y exige el reconocimiento de su “propia humanidad” y de su “identidad”. La conciencia de su ser, la pretendida afirmación del sujeto americano que había comenzado su tarea en la emancipación política, se encuentra ahora ante el conflicto de dar cuentas de su propia identidad, encuentra en su desnudez la complejidad que existe en ese particular modo de ser.

Simón Bolívar insistirá angustiosamente, en la autenticidad de la que había de partir los pueblos de esta América para que expresaran su oculto ser. No más máscaras ni sistemas prestados que no fuesen expresión de la experiencia americana.

Finalmente, la coronación de su obra expresada en su anhelada integración americana, sería el último peldaño que coronaría a nuestros pueblos, que los haría mas fuertes, capaces de enfrentar las tiranías y las futuras invasiones con las que amenazaban los países dominadores. *“La unión no vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”* (Bolívar, Simón, 1815).

Sin embargo, la discordia que minara a los caudillos de la libertad y envenenara su sangre sería expresión de lo que el imperio dominante había dejado en sus venas. La cruel ambición, la codicia, la envidia y las múltiples expresiones de esa herencia servil, habían dado a los dominadores mayores ventajas que la misma fuerza de sus armas y el valor de sus guerreros. La anarquía alternaría con el despotismo. Las luchas sociales internas a nuestros estados, no permitirían instaurar un orden que fuese capaz de imponer los intereses comunes de nuestros países sobre los particulares y al interior de cada uno de ellos las luchas entre las clases sociales que el mismo Bolívar había levantado contra la conquista dejarían al descubierto su paternalismo e impedirían que la unión se concretase. El último golpe a su sueño estaría representado por el asesinato de Sucre. El desencanto y la angustia construyeron el lecho donde Bolívar hallaría descanso eterno. Sin embargo su sueño será la marca indeleble en el destino de nuestros pueblos, aún hasta en nuestro tiempo.

2- Contexto en el que se desarrolla su pensamiento

La obra emancipadora tuvo su génesis en los movimientos de fines del siglo XVIII. Uno de los principales lo constituye la creación de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, en 1724, primer empresa de comercio, hecho trascendental, puesto que organizó de modo racional la administración y la actividad mercantil del país y provocó acciones y reacciones, cuyas protestas han merecido interpretaciones de alcance político, entre ellas: el establecimiento de la libertad de Comercio. La misma da inicio al *“ auténtico proceso de compenetración, interacción e interrelación de las provincias venezolanas”* (Grases Pedro; 1988:XIII). Otro de los acontecimientos históricos que sirven como antecedente tuvo por escenario a la Capitanía General de Venezuela: la Conspiración de Gual y España en 1797, cuyo propósito de acción política, social y económica, aspiraba a la transformación nacional. Sus ordenanzas desarrollan en 44 artículos las instrucciones que servirían de base a la acción revolucionaria a fin de alcanzar el objetivo trazado: restituir al pueblo americano su libertad. Proclaman entre otros, el derecho a la libertad de cultivo, de comercio y el principio de la igualdad natural entre los hombres sin diferencias de razas, con abolición de la esclavitud y la definición de los símbolos del Estado. Los *“Derechos del hombre y del ciudadano”* forman el esquema filosófico en el que tendrán que apoyarse las decisiones de los integrantes de la nueva sociedad y en tal sentido, se constituyen como el primer código de prerrogativas y obligaciones de las personas en tanto miembros de una sociedad libre. Tal doctrina va precedida por un *“Discurso dirigido a los Americanos”* en el que se glosa la recta justicia de los nuevos dogmas sociales y se aducen ejemplos y precedentes para persuadir a los pobladores del Continente, futuros ciudadanos libres de los nuevos Estados. La excitación a la insurrección, contenida en la proclama a los Habitantes libres de La América española, constituye sin lugar a dudas un importante

documento que refleja la finalidad política del momento histórico: la emancipación. El discurso preliminar dirigido a los americanos apunta a un propósito más alto: dar las razones de la revolución, en este sentido, la población debe unirse: blancos, indios, pardos y negros, abandonando toda discrepancia y división de la que ha formado el rey durante su dominio. Los textos de la Conspiración de Gual y España tuvieron enorme repercusión posterior en la organización de la independencia. Los artículos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, traducido de la Declaración francesa que precede el Acta Constitucional de 1793 son mucho más radicales y violentos que los que constan en la Constitución francesa de 1791. La versión de Gual y España, es la que aparece en las constituciones Americanas desde la primera de Venezuela de 1811. Desde estas bases, se irán fortaleciendo los cimientos de una sociedad que sostendrá a principios del siglo XIX el peso de la acción emancipadora de medio continente

Algunos de estos textos, encierran el núcleo de derechos proclamados luego por Europa y según nos señalan las historiadoras Carolina Roubik y Marcela Schmidt, son utilizados en centros de organizaciones mundiales. Entre sus líneas pueden leerse los siguientes pensamientos:

“Que se intente destruir el despotismo, es necesario que la revolución sea al mismo tiempo, moral y material, no es suficiente establecer otro sistema político, es necesario además, poner el mayor estudio en regenerar las costumbres para volver a todo ciudadano el conocimiento de su dignidad y mantenerla en el estado de vigor y entusiasmo en el que le ha puesto la efervescencia revolucionaria, del cual caería indefectiblemente si pasada la crisis no estuviese sostenido por un conocimiento positivo de sus derechos, por un amor ardiente de sus deberes, por una abjuración formal de sus preocupaciones, por un desprecio razonable de sus errores, por la aversión al vicio y por el horror al crimen.” (Grases, Pedro; 1988: 18).

El texto refleja el despertar de la conciencia de un sujeto que vuelve sobre sí y se autovalora como sujeto histórico, conciencia de la que Bolívar será uno de sus más elocuentes exponentes. La denuncia al estado de esclavitud en el que vivían nuestros pueblos precisa de una “revolución al mismo tiempo moral y material”; palabras que confirman que el reclamo parte desde un supuesto: la “dignidad” avasallada del hombre americano, que se hace explícita en una “moral de la emergencia” y que se constituye como el fundamento axiológico del discurso de ese sujeto a la vez individual y colectivo de ser “reconocido” como parte de una igualdad universal y en este sentido, implícita en un a-priori antropológico desde el cual toda filosofía parte. Este discurso reclama por los derechos humanos, en un doble sentido: por un lado los del individuo como persona y vinculado a una actitud moral y ética propia de un sujeto que intenta reafirmar su dignidad desde lo axiológico y por otro; aparece la necesidad del reconocimiento de un sujeto colectivo, el americano, en su derecho de pertenecer a la historia.

La integración debía significar el momento homogeneizador de las diferencias luego de concluir el movimiento independentista tal como se desprende de la lectura del siguiente texto:

“Americanos de todos los Estados, profesiones, colores, edades y sexos, habitantes de todas las provincias: patricios y nuevos pobladores, que veis con dolor la desgraciada suerte de vuestro país, que amáis el orden la justicia y la virtud, que deséais vivamente la libertad: oíd la voz de un patriota reconocido, que no os habla, ni aconseja sino por vuestro bien, por vuestro interés y por vuestra gloria. La patria después de trescientos años de

la más inhumana esclavitud pide a voces, un gobierno libre, la hora para el logro de un bien tan grande y precioso, ha llegado ya, las circunstancias nos convidan y favorecen, reunámonos, pues, inmediatamente para tan heroico fin, impongamos silencio a toda otra pasión que no sea la del bien público, contribuyamos todos, con vuestras luces, con nuestras haciendas, con nuestras fuerzas, con nuestras vidas, al restablecimiento de la felicidad general,..." (Grases, Pedro; 1988: 30).

Por su parte, en los derechos del hombre y del ciudadano máximas republicanas, se enuncian los siguientes derechos:

"... la igualdad, la libertad, la seguridad y la propiedad. "Todos los hombres son iguales por naturaleza, y por la ley". "la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudica a los derechos de otro, tiene por principio la naturaleza, por regla la justicia y por salvaguardia la ley: sus límites morales se contienen en esta máxima: no hagas a otro lo que no quieres que se te haga a ti". "La ley debe proteger, así la libertad pública como la de cada individuo en particular contra la opresión de los que gobiernan". La soberanía reside en el Pueblo: es una e indivisible, imprescriptible e inalienable" (Grases Pedro; 1988: 31/32/35)

Estos constituyen algunos de los documentos que consideramos deben ser reconocidos como antecedentes a la gesta bolivariana y que señalan como lo hemos dicho el pensamiento que prepara el camino en el que se desarrolla su accionar. El reclamo se entiende además desde la necesidad de la conformación de gobiernos acordes a las necesidades de sus pueblos, a la conciencia plena de la necesidad de una ley que por un lado dignifique a los hombres, pero que por otro los constriña a obedecer los dictámenes propios de la razón en la constitución y crecimiento de cada uno de sus pueblos. El objetivo de la libertad se concreta entre otras cosas, en la elección del modo de construir sus estados, pero sin desconocer una ley, sin desconocer los derechos de los hombres, tal como la conquista los había desconocido. Finalmente el movimiento emancipatorio logró sus objetivos, pero la integración nunca llegó a consumarse. En lo que sigue trataremos de ir penetrando en el pensamiento de Bolívar para poder hallar las posibles causas de su fracaso.

3- Tres temas centrales en el pensamiento de Bolívar

Podemos decir que existen tres temas fundamentales que aparecen como ejes temáticos en el pensamiento de Bolívar y que tienen que ver con los problemas que tuvo que enfrentar en su acción libertaria. En primer lugar, el hecho mismo de la emancipación; como consecuencia inmediata, la pregunta por la identidad que se convierte en un dilema por resolver, debido a las diferencias raciales, sociales y culturales que conviven en nuestra América y por último, la idea de una integración americana que se manifiesta como una necesidad ante los peligros de nuevas conquistas, por un lado y por otro que permite dar paso a la afirmación de una identidad que arroje como resultados el crecimiento intelectual y el desarrollo de la formación de nuestros estados pero que paradójicamente se convierte en la "utopía americana".

3-1- El concepto de libertad

El siguiente fragmento que pertenece al juramento que hizo Simón Bolívar en el monte Sacro y en el que refiriéndose a Europa dice: *“Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad...para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada.”* (Bolívar, Simón: 1805), nos permite visualizar el momento de quiebre con las totalidades opresivas que bloqueaban el paso de nuestras formas de “emergencia” y que traduce el encuentro de un “nosotros” con nuestra realidad. En aquella inversión del discurso opresor puede verse un claro matiz antropológico, una exigencia de conocimiento por parte de los otros y de sí mismo de un tipo de hombre que se ha colocado como el eje de su propia realidad. Esa exigencia de reconocimiento con todos sus matices se trata, de un ponernos para nosotros desde una toma de conciencia histórica cuyo presupuesto es aquella humanidad. En este sentido podemos pensar en las siguientes palabras de Zea:

“La Europa que a partir de la tiranía de uno, como expresión limitada de la libertad, hasta culminar en la Revolución Francesa, como expresión de la libertad de todos, hace de esta misma libertad instrumento de justificación de la conquista y dominio del resto de los hombres y pueblos del mundo. La América de Bolívar entra en la historia como parte de ese mundo puesto al servicio de la Europa; la cual se sabe libre pero es incapaz de reconocer otra libertad que no sea la suya” (Zea, Leopoldo 1980: 17/178).

El juramento de Bolívar significa la responsabilidad de asumir como compromiso el reclamo al reconocimiento por parte de la España de nuestra propia humanidad y de nuestro legítimo derecho a la libertad. El acto de la libertad será lo que marque la madurez de una conciencia que se descubre a sí misma, en un particular modo de ser que indiscutidamente saldrá a la luz rotas las cadenas que unen a América a sus lazos imperiales. *“El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas, ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos”* (Bolívar, Simón; 1815). El ejercicio de la libertad, no será fácil para los americanos, ni para el propio Bolívar comprender que la libertad no le será suficiente al pueblo americano para llevar adelante el proceso de organización de sus estados. Es justamente aquí en el momento pos independentista cuando la misma libertad quitará los velos también a las luchas sociales internas que buscarán de múltiples formas expresar que también esas realidades son portadoras de otras formas de “moral de la emergencia”.

Para entender nuestra Revolución, decía Andrés Bello, hay que saber distinguir entre dos cosas, la independencia política y la libertad civil. La primera sería más fácil de alcanzar venciendo a las tropas que mantenían a los pueblos de esta América bajo la servidumbre. La segunda, encontrará mayores dificultades porque ella era extraña a los pueblos. En nuestra revolución, continúa, la libertad era un aliado extranjero que combatía bajo el estandarte de la independencia, y que aún después de la victoria ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse. Se debía emancipar políticamente pero además se debía legislar y esta tarea debía aprenderse.

La libertad política se alcanza, los países americanos se desprenden de los lazos íberos pero esta libertad no garantiza la convivencia de los hombres libres; ni la justicia ni la igualdad. Lograr una igualdad que supere las diferencias no ya políticas sino sociales al interior de nuestros pueblos para que la reorganización de los estados

nuevos sea posible, implicará fusionar para fortalecer los elementos antes dispersos, objetivo que tiene su relación con el proyecto integracionista.

3-2- Los conceptos de identidad y dependencia

La emancipación, trae al hombre americano uno de los dilemas mas profundos que le es consustancial a su ser ¿cuál es su identidad?, que implica “ser americanos”, esta disyuntiva será dolorosa, la experiencia de reconocer que lo único que comparten los pueblos americanos es su no-identidad.

“Es imposible asignar con propiedad a que familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un relato de la mayor trascendencia” (Bolívar, Simón, 1819)

Por esto se constituye como uno de los interrogantes mas difíciles de responder. Sin embargo, encontrar elementos que identifiquen al hombre americano, será necesario para la conformación de nuestros estados. Al interior de los mismos solo hay diversidad, y esto será problemático al momento de instaurar un orden social. La pretendida afirmación del sujeto americano que había comenzado su tarea en la emancipación política, presenta entonces el conflicto de dar cuentas de la propia identidad. Ese sujeto al descubrirse como tal, encuentra en su desnudez la complejidad que existe en ese ser. Esta polémica atravesará la historia de los pueblos americanos, incluso ya desde Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas.

Bolívar tiene conciencia de la originalidad de los hombres americanos, lo único que puede afirmarse como rasgo identitario es la hibridez que subyace al hombre americano producto de un ser que no puede llamarse “indígena” por la pérdida de esas culturas pero que tampoco se reconoce como “íbera” ya que la conquista le había hecho patente su no pertenencia a esa cultura. Los americanos habían sido vistos por España como pueblos periféricos, como hijos ilegítimos, bastardos lo que dificultaba hallar un tronco común desde el que partiera la identidad americana. La imposición cultural, religiosa y lingüística había creado un extraordinario mestizaje que justificaba las relaciones de dominación y se presentaba como signo de inferioridad de los que la sufrían, haciéndolos entes inferiores por su origen, por ser naturales de esta América. El problema entonces consistía en encontrar lo común a la diferencia, a la diversidad cultural pos colonial, y según nos señala Zea, este rasgo común sería la falta de identidad presente en todos los pueblos americanos pero que debía ser el punto de partida para la construcción de una identidad americana sobre la base del resultado de una imposición. Desde su mestizaje tal vez “ilegítimo” el americano debía hallar nuevas expresiones de legitimidad humana.

El obstáculo a la reafirmación de la identidad americana ante la diversidad de “rostros” presentes en América, puede ser superado partiendo desde la necesidad que siente el hombre americano de hacer suya una libertad que le había sido ajena pero de la que tiene ahora conciencia. Una posibilidad a la que podía accederse si se tiene, conciencia de la realidad de la identidad impuesta, que podrán poner los hombres al servicio de la realización de la anhelada libertad.

Bolívar, artífice en esculpir una América libre, insiste en usar como material el que ofrece esta misma América. Por ello es “alfarero”, escultor que busca transformar, no cambiar por otro el material que le ofrecen los pueblos que él ha ayudado a liberar partiendo desde sus propios elementos y sin buscar modelos que le sean extraños. Por ello no está ni con los que quieren mantener el viejo orden en beneficio de sus intereses ni con los que quieren cambiar todo radicalmente, para servir a los propios.

Los vicios que había dejado la imposición colonialista en los pueblos americanos, no permitirían instaurar un orden concluida la gesta emancipatoria. Nuestros pueblos no habían vivido la experiencia de la libertad, tampoco han tenido una participación activa en el ejercicio de las instituciones; *“la posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más debajo de la servidumbre (...) la América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante.”* (Bolívar, Simón; 1815) no solo carecían de los conocimientos y hábitos de vivir en libertad, sino que tampoco sabían de qué forma se podía administrar el estado. En resumen, no podían utilizar los beneficios que la emancipación les traería, acostumbrados a vivir en el sometimiento y en la dependencia. *“Uncido el pueblo americano en el triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado son los más destructores.”* (Bolívar, Simón, 1819). El caos volverá a invadir nuestras repúblicas vestido de anarquía y de nuevas dominaciones. La identidad servil creada por el coloniaje saltará en añicos, pero no surgirá en su lugar el modo de ser propio de hombres libres puesto que cada pensamiento querrá ser el soberano.

La problemática de la dependencia tiene que ver con la destrucción o el ocultamiento de las expresiones de humanidad y cultura de los pueblos americanos. Esto es un elemento importante a la hora de pensar que América no estaba preparada para desprenderse de la cultura íbera. España no había renunciado a la explotación de los pueblos sobre los cuales aseguraba tener derechos ni había aceptado la igualdad que como españoles reclamaban los americanos. Bolívar afirma este hecho con las siguientes palabras: *“ nuestra suerte ha sido puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre, porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica”* (Bolívar, Simón; 1815), los americanos no podían decidir sobre los asuntos domésticos, ni de la administración de los pueblos, continúa luego

“ esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos, tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones...estábamos abstraídos, ausentes del universo, en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno” (Bolívar, Simón; 1815).

De la dominante España no habría surgido la preparación de los pueblos por ella dominados al otro lado del Atlántico en el uso de libertades que no estaba dispuesta a reconocer. De tal modo era la dependencia que había que romper con el conquistador, aunque esto implicase la orfandad, necesaria además para comenzar la creación de un

nuevo orden que fuese expresión de la voluntad de los pueblos sometidos, expresión también de las necesidades y características propias de las tierras que comenzaban a engendrar sus propios destinos políticos. En tal sentido se sintió Bolívar “alfarero”, empeñado en dar a sus pueblos otra identidad distinta de la impuesta por el coloniaje. Alfaro creando de esta masa informe, dividida, unida sólo en la servidumbre, repúblicas libres. A los futuros legisladores, les aconseja meditar sobre la elección del sistema político a adoptar, *“no olvidéis que vais a echar los fundamentos a un pueblo naciente que podrá elevarse a la grandeza que la naturaleza le ha señalado, ..., si no acertáis, la esclavitud será el término de nuestra transformación”* (Bolívar, Simón; 1819).

Simón Bolívar insistirá angustiosamente, en la autenticidad de la que había de partir los pueblos de esta América para que expresaran su oculto ser. No más máscaras que cubriesen inautenticidades, no más sistemas prestados que no fuesen expresión de la experiencia americana. La presente problemática como veremos mas adelante se constituirá como la principal razón del fracaso unionista por él propuesto ya que, al romper los vínculos que mantenían vinculada a América con la península Íbera, quedan al descubierto los problemas internos que la dividían socialmente por los que los proyectos bolivarianos toman un rumbo diferente, a la emancipación no seguiría el desarrollo y progreso de los estados tal como suponía desde su pensamiento ilustrado y desde su actitud paternalista sino todo lo contrario, el caos y los intereses de grupos minoritarios destruirían su proyecto.

3-3- El concepto de Integración en Simón Bolívar

La libertad alcanzada tenía un sentido de responsabilidad muy profundo, demasiado tal vez para el momento histórico en el que los pueblos no tenían la madurez necesaria para romper con la dependencia en la que habían dormido durante tantos siglos. Sin embargo, como un alfarero, Bolívar estaba dispuesto a crear, a esculpir sobre nuestras tierras los ejemplos de naciones libres, justas, morales. Las huellas de Europa habían quedado grabadas en el hombre americano, su dependencia debía ser desgarrada tal como lo había sido su ser inauténtico y para ello era necesaria la instauración de un sistema de gobierno que permitiera paulatinamente acostumar a los pueblos americanos a usar bien de la libertad. Pero, no sería posible el logro de semejante meta, aquel camino que marcara Bolívar para guiar a nuestros pueblos a las constituciones sólidas de sus sistemas de gobierno, requería de una unidad que fortaleciera a sus sociedades.

“Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre si y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse. (...) Que bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos” (Bolívar Simón, 1815). Esa unidad era el último peldaño que coronaría a nuestros pueblos, que los haría mas fuertes, capaces de enfrentar las tiranías y las futuras invasiones con las que amenazaban los países dominadores. “La unión no vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos” (Bolívar, Simón, 1815).

En defensa de la unidad de los pueblos y hombres que forman esta parte de América, Bolívar rechazaba la afirmación de que es la diferencia de castas que

componen la población de este inmenso país la causa que ha originado las mayores dificultades en la lucha por la independencia. Lo que se discute y se discutirá en estas luchas intestinas no será el predominio de ésta o aquella raza sino de éste o aquel grupo de intereses. En un amplio sentido, se luchaba para elegir entre el viejo orden colonial sin España y un nuevo orden que condujera a los pueblos hacia el progreso.

Sin embargo, la anarquía alternaría con el despotismo. Es que las luchas sociales internas a nuestros estados, no permitirían instaurar un orden que fuese capaz de imponer los intereses de nuestros países a los intereses particulares de cada uno de ellos y en su interior de las luchas de las clases sociales que el mismo Bolívar había levantado contra la conquista. El último golpe a su sueño, a su utopía, lo da la muerte de Sucre, es entonces cuando vencido, por el peso mismo de una realidad que lo había trascendido afirma:

“De mis veinte años de mando en esta América sólo he sacado los siguientes resultados: 1º la América es ingobernable para nosotros, 2º el que sirve una revolución ara en el mar, 3º la única cosa que puede hacerse en América es emigrar, 4º este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas, 5º devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos, 6º si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.(Bolívar, Simón; 1830).

Esta visión decadente de la situación de los pueblos que él ha liberado constituye el resultado de su fracaso también en el ámbito político, años anteriores, y frente a la dificultad que existía para instaurar un orden social, cuando tampoco había tenido una respuesta positiva su propuesta de aplicar un despotismo ilustrado en el “Discurso de Angostura” (Bolívar, Simón; 1975: 93-123) que permitiera constituir ese orden.

El sentido de su obra adquiere eco para la posteridad americana, eco que se hará sentir en nuevas formas de dominación pero también en nuevas formas de legitimación de nuestro “propio modo de ser”. Aquella raíz, llamada integración, no podrá ser arrancada de lo profundo de nuestras tierras. Las nuevas formas de dominación lejos de destruir el “tronco” común que identifica a los americanos, lo que hará con sus acciones será fortalecer esa raíz, esparcir sus ramas como si fuera enredadera por todo nuestro suelo. La utopía unionista continuará su marcha, por los siglos posteriores a Bolívar, prueba de ello serán los discursos de Bilbao, quien pensara en la necesidad de instaurar un nuevo Congreso Federal de Repúblicas insistiendo en la idea de unificar el alma de América. *“Unificar el pensamiento, unificar el corazón, unificar la voluntad de la América”*.

Bolívar había tratado de alcanzar la unidad de nuestras naciones hijas de una misma madre y de una mima circunstancia, Bilbao intentará una unidad enraizada en la formación cultural de los americanos, en su espíritu. La cultura será para él el elemento indispensable para alcanzar la utopía americana, proyecto que compartirán otros como Martí, Alberdi, Rodo, Jose Ingenieros, Ugarte Palacios

4- Conclusiones

Roig a afirmado que: “La historia de las ideas dejará de ser un saber erudito y se pondrá al servicio de *actitudes posiciones dialécticas y en tal sentido será algo mas que una historia de las ideas filosóficas y será por tanto filosofía, si la misma es reconstruida desde la problemática teórica del a-priori antropológico, es decir desde la problemática concreta del sujeto americano.*” (Roig, Arturo A.; 1994: 135). En este sentido observamos que en los textos bolivarianos está presente este y en general lo está en todo el movimiento independentista que va desde fines del siglo anterior hasta 1824.

Si bien el período que encierra al movimiento independentista ha sido calificado como una “etapa de armas” carente de “un cuerpo de ideas eficaces para la praxis social que debía acompañar a la praxis revolucionaria”; es posible afirmar la validez de la producción intelectual producto de la apertura de una nueva época para nuestra América en la que tal vez el elemento unificador de todas las diferencias posibles lo sea la conciencia y la autovaloración de si misma en un contexto de denuncia y de autoafirmación de la propia humanidad de un sujeto que pertenece a la historia y que desde su discurso es capaz de quebrar el discurso opresor que como tal lo desconoce.

Por último, el proyecto utópico que se expresa desde la intención integracionista cuyo objetivo principal es el fortalecimiento del continente ante nuevas invasiones, constituye también un importante aporte a nuestro pensamiento nuestroamericanista y tal como lo hemos señalado desde lo discursivo, Bolívar marcó un quiebre con los universales ideológicos de la Europa conquistadora, en tanto tuvo que suponer un discurso opresor, indistintamente que este discurso no alcanzara en cuanto expresión teórica, la plenitud y riqueza de éste.

No nos es posible sin embargo, negar al personaje contradictorio que fue Simón Bolívar cuyo paternalismo le impidió tomar conciencia de una realidad social que le sería adversa al momento de consolidar su proyecto unionista.

“No podemos tampoco ponernos en actitud de salvar la imagen del último Bolívar, el que lanza aquella terrible maldición sobre su propia obra y divide el mundo americano en buenos y perversos, en hijos descarriados e ingratos y padres ofendidos y despreciados, en “anarquistas”, “demagogos” y “multitudes desenfrenadas”, frente a hombres “honrados”, amantes del “orden y “patriotas”, en fin en liberales y libertinos, sostenedores los unos de la libertad y los otros del libertinaje, no podemos desvirtuar sus ideas económicas inspiradas en la economía política clásica como buen liberal progresista de su época, enfrentado a residuos de instituciones feudales, en nuestro intento, que no deja de ser plenamente legítimo, de señalar su valiente posición como antecedente de nuestro anti-imperialismo.” (Roig, Arturo Andrés; 1989).

Este último Bolívar es el que habiendo provocado en las clases inferiores el estado de subversión necesario para la gesta emancipatoria, hace posible los primeros intentos de pasar de la mano de obra servil y esclava a la mano de obra asalariada y el que consolida una política antiesclavista, luchando además contra las formas de explotación servil de la población indígena. Pero es el mismo que no pudo desterrar de sí su pensamiento ilustrado a la hora de responder por el levantamiento de las masas sociales campesinas, y opacó aquellas virtudes llevándolas a su propio quiebre. Levantamientos que fueron también un proceso lógico del estado de guerra de las luchas sociales de la época. Las masas sociales que le habían prestado su ayuda eran clases

sociales oprimidas que buscaban la voz portadora de sus reivindicaciones, una tercera entidad social heterogénea, formada por gauchos y llaneros venezolanos que promovieron al lado de otros movimientos surgidos del campesinado, la “otra” revolución de independencia. Y es esta revolución la que comienza en el siglo XVIII y de la que ya hemos hecho mención a propósito de los antecedentes del accionar bolivariano. También es la que se extiende en el tiempo concluida la emancipación política del siglo XIX, hasta fines del siglo. Este tercer estrato social, influyó en Bolívar, pues le hizo abandonar el criterio político de los ilustrados haciéndole tomar conciencia de la necesidad de establecer un igualitarismo que era reclamado por aquellos en función de un espíritu democrático propio de las clases inferiores.

Por último, podemos concluir que tal como Roig lo señala, Bolívar fue un personaje que “se excedió a sí mismo” en lo que se refiere a su propia extracción de clase, excedió las reivindicaciones de las clases oprimidas, asumidas dentro de esquemas axiológicos tradicionales, los que fueron quebrados en cuanto que todo esto estuvo inserto en aquella “inversión” de la que hablamos en un comienzo. El Bolívar que concluyó declarando que había arado en el mar, aquel que fue la imagen adorada de todos los reaccionarios que ha habido en nuestra dolorida América, en su última voz regresaba a un pasado después de haber dejado sentadas con voz potente las ases del futuro.

“Era la voz de la utopía magna americana que venía a ser ahogada en un desilusionado anti-utopismo en el que se mezclaban el regreso a los temores y desconfianzas de la aristocracia latifundista y esclavista, con aquella exigencia de unidad que había hecho posible el triunfo militar con el que se quebró la coyunda ibérica.” (Roig, Arturo Andrés, 1989)

Nos resta hacer una consideración sobre Bolívar desde la filosofía. Luego de haber afirmado que su pensamiento es filosófico y que ella es la inversión de la filosofía europea, tenemos que afirmar que por ello, sentó las bases de un nuevo discurso. Pero cabe tratar sobre uno de los aspectos teóricos diferenciadores de esas filosofías de la historia, la expresada en el pensamiento europeo de la época de modo explícito y la implícita en la praxis libertadora americana, tiene que ver con la noción de proyecto.

Si consideramos la historia como un quehacer, y la afirmamos como “tarea” debemos reconocer en ella la presencia de un sujeto como ser activo, en cuanto sujeto histórico. De esta forma, la filosofía de la historia se concreta en las acciones que ese sujeto ha sufrido en la marcha hacia la elaboración de su propia historia. En cada pasado se proyectó un futuro y tan significativo ha de ser para una historiografía el pasado como el proyecto de futuro que se vivió en cada pasado.

“La filosofía de la historia se convierte, de este modo (esta es la lección que surgiría de un bolivarismo esencial) no en un saber justificador de los futuros que vivió cada pasado sino en una crítica de los mismos y a partir de los cuales se ha de programar el futuro que será. No se trata de un filosofar sobre la historia entendido como una especie de “filosofía para atrás”, sino como una “filosofía para adelante”, no un saber clausurado sobre la base de una “dialéctica afirmativa”, sino un saber abierto, estructurado sobre una dialéctica negativa. Este planteo muestra la radical diferencia que hay entre el modo de hacer filosofía de la historia de un Hegel con su filosofar vespertino y el verdadero filosofar nuestro, latinoamericano y de todos los pueblos oprimidos del mundo, que no puede ser sino auroral.” (Roig, Arturo Andrés; 1989)

La categoría de futuro sí permitía a Hegel la clausura de la historia. En la nueva comprensión del futuro que estaba en la base misma del hecho revolucionario hispanoamericano, no se trataba de un sujeto que desde un nuevo etnocentrismo o de un logocentrismo como su versión metafísica, declaraba clausurada la historia en sucesivos momentos de cierre, sino de un sujeto que se apoyaba en aquellos momentos del pasado para abrirse hacia un mundo de lo posible. En ningún momento la filosofía de la historia implícita en hombres como Bolívar cayó en el absurdo de proponer futuros desde un vacío como tampoco en la actitud de asumir ese pasado, ineludible puente hacia un futuro, desde una dialéctica de la reconciliación.

La filosofía de la historia bolivariana se nos presenta también como una inversión. Cada proyecto propuso una universalidad y la legitimidad de esta última ha dependido de la legitimidad del proyecto. Ha dependido y depende de los límites y condicionamientos desde los cuales un sujeto histórico lo propuso. Cada proyecto ha surgido de un sistema de relaciones las que han sido y son sociales y que para nosotros se dieron desde el momento del encubrimiento, sobre la base de la figura del amo y del esclavo.

La filosofía de la historia se nos presenta como un intento de mostrar críticamente el paso de una América como utopía para otros hacia una América como utopía para sí y esto es importante, una utopía para sí que pretende ser, desde nuestra América para la humanidad. Es claro que si nosotros queremos asumir la función utópica con un alcance ecuménico debíamos dar el paso decisivo de convertirnos en sujetos de lo utópico. La verdadera dialéctica ponía el acento sobre el momento de la negación y no sobre el de la afirmación o totalización. Como señala Alberdi en Bolívar se agregaría a aquella unidad moral una voluntad de unidad política la que fue entendida como el verdadero motor del proceso de unificación latinoamericana.

De la praxis bolivariana libertaria puede decirse que muestra una integración dialéctica de aquella unidad moral con la voluntad de unidad política y sobre ella se juega el modo de ser plenamente histórico de un hombre nuevo, de un hombre emergente, que es no lo olvidemos el hombre de una clase social en una etapa en la que le tocó expresar a esa clase. La voluntad política integra también ese pasado tiene raíces en el y es posible rastrearla en sus momentos de preanuncio. Momentos que muestran una praxis constante que con sus altibajos y contradicciones ha ido dejando sentados los presupuestos básicos de un saber de liberación. En efecto si se puede hablar de recomienzos del filosofar latinoamericano, ello se debe a que se ha ido dando un fundamento fáctico de posibilidad en esas formas de praxis liberadora, en los diversos niveles de profundidad que puedan señalarse.

Para concluir diremos que:

“En Simón Bolívar, caudillo de nuestra primera independencia, se produjo el reencuentro de modo espontáneo, del verdadero sentido del a-priori antropológico enunciado y a su vez perdido en Hegel. (...) Bolívar, con su praxis y con las ideas que constituyen esa misma praxis, se nos presenta invirtiendo la filosofía de la historia imperial de la que el filósofo alemán fue uno de sus más elocuentes expositores”. (Roig, Arturo A.; 1989).

En aquella inversión del discurso opresor puede verse un claro matiz antropológico, una exigencia de conocimiento por parte de los otros y de sí mismo de un tipo de hombre que ha comenzado a entenderse como centro de su propia realidad. Esa exigencia de reconocimiento con todos sus matices se trata, de un ponernos para nosotros desde una toma de conciencia histórica cuyo presupuesto es aquella humanidad. Desde lo discursivo, Bolívar marcó un quiebre con los universales ideológicos de la Europa conquistadora. Desde su praxis, marcó la génesis de los pueblos americanos como naciones libres. Desde lo axiológico fue expresión de la conciencia y de la moral del hombre naciente. Desde lo utópico, dejó abierto el camino para las generaciones futuras: la realización de la integración americana.

5- Bibliografía

- Grases Pedro (1988) *“Pensamiento Político de la emancipación venezolana”*. Biblioteca Ayacucho. Venezuela
- Gutiérrez Escudero, A.: “Un precursor de la emancipación americana: Antonio Nariño y Álvarez”, *Araucaria* nº 13, Sevilla, 2005, págs. 213-216.
- Martí José (1975) *“Nuestra América”*, Obras completas. Tomo nº8. Editorial de ciencias sociales. La Habana. Cuba.
- Roig, Arturo Andrés (1989) *“Bolivarismo y filosofía latinoamericana”*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. (Colección Ensayos, 2). Quito.
- (1994) *“El pensamiento latinoamericano y su aventura”* (I) (II). Centro editor de América Latina. Argentina
- (1981). *“Teoría y Crítica del pensamiento latinoamericano”*. Fondo de Cultura Económica, México
- Roubik Carolina y Schmidt, Marcela (1994): *“Los orígenes de la Integración Latinoamericana”*. Instituto Panamericano de geografía e historia. México
- Zea, Leopoldo (1980) *“Simón Bolívar, integración en la libertad”*. Monte Avila Editores Latinoamericana. Venezuela

Páginas web:

www.simon-bolivar.org

www.bolivar.ula.ve

www.ensayistas.org.